
Notas sobre la crítica al socialismo en Latinoamérica

Gabriel Gaspar

Es indudable que la crítica al socialismo se ha constituido en un tópico polémico y recurrido en el quehacer de las ciencias sociales.

En las presentes notas intentaremos identificar cuáles son las vertientes principales del porqué de este proceso desde una óptica principalmente latinoamericana, no por eufemismos regionalistas, sino porque a nuestro juicio el debate que se abre en estos años en nuestra región en torno al socialismo, tiene una vertiente necesariamente distinta de la que se genera en el debate europeo en estos mismos años.

El quehacer de las ciencias sociales está particularmente vinculado a los procesos históricos en los que se desarrolla; esto es una perogrullada, pero vale la pena recordarla a fin de poder introducirnos en lo que a nuestro juicio podríamos llamar el porqué de la crítica al Socialismo en Latinoamérica, o la *actualidad del socialismo* (porque no ha sido éste un tema que despierte desde siempre polémica en nuestro quehacer).

Todavía a fines de la década de los 60 no era el socialismo un término polémico. Era una identificación con contornos más o menos nítidos, delimitados por experiencias históricas concretas. En los sesenta, ser socialista era estar con Cuba y con Viet-Nam, con Fidel y el Ché.

Pero la univocidad en torno al Socialismo no sólo era posible por la existencia de referentes históricos más o menos reconocibles para las fuerzas socialistas de la región, sino porque además ésta misma atravesaba por un período particularmente intenso en el desarrollo de la lucha de clases. Recordemos al respecto que a finales de los sesentas la lucha estudiantil-popular cuestionaba crecien-

temente la legitimidad del régimen en México; en Uruguay asistíamos a un incremento significativo de la movilización de masas, y de su unificación política, unido a la irrupción del MLN tupamaro; en Argentina las dictaduras militares cedían terreno progresivamente ante una movilización democrática en la cual jugaban un papel significativo las fuerzas más progresistas del peronismo junto a sectores del socialismo argentino; Chile era sacudido por un movimiento obrero que cada día avanzaba en posiciones de poder y que se erigiría en una alternativa viable frente a la dominación burguesa, por citar algunos casos nacionales.

Vale decir, en la mayoría de los países de A.L. las fuerzas del Socialismo se desarrollaron a fines de los 60, con un incremento impetuoso radicalizador;¹ el Marxismo irrumpió vigoroso en los medios académicos, rompiendo un aislamiento de décadas.

En períodos de auge no asoman las fisuras, o mejor dicho, se subsumen tras el logro de los avances. Quizá por ello, por estar en una fase de flujo revolucionario en la región, el Socialismo no constituía un término polémico; se presentaba como un cuerpo acabado de pensamiento que armaba a las fuerzas sociales transformadoras con instrumental teórico capaz de desentrañar nuestras realidades nacionales y orientar así sus rutas de transformación.

Nos proponemos analizar cómo la derrota generalizada del movimiento popular latinoameri-

cano a comienzos de los 70, abrirá paso al profundo examen autocrítico de estrategias y experiencias, sin dejar afuera el examen de algunos de los elementos constitutivos de la teoría del Socialismo. Allí se funda, a nuestro juicio, la vertiente principal que abrirá paso en la región a la tarea de definir cuál es la actualidad del Socialismo.

1973: todas las vías derrotadas

Desde el triunfo de la revolución cubana hasta la caída del somocismo, pareciera que todas las "vías" ensayadas para la transformación social en la región habían sido derrotadas. A comienzos del decenio de los 70 una variada gama de proyectos progresistas, inclusive revolucionarios, habían sido conculcados en varios países de la región.

En efecto, un proceso apoyado en el afán modernizante y populista de una fracción de la Fuerza Armada peruana —como lo fue la primera fase del gobierno de Velasco Alvarado—, había sucumbido ante el copamiento institucional que le desarrollaron las fracciones militares más vinculadas a los bloques sociales dominantes del Perú.

Similar situación se percibía con la caída del gobierno de Juan José Torres. En Chile, el golpe de estado pinochetista evidenció —entre otras cosas— las limitaciones de un proyecto basado en la ampliación democrática y que no consideró adecuadamente el problema de la fuerza material organizada en todo cambio social. En Argentina, la reedición del peronismo y su secuela tragicómica, el advenimiento de López Rega, dejó en claro que las segundas vueltas no siempre son exitosas, en particular tratándose de políticas populistas. El golpe de estado uruguayo puso un largo freno al proceso de expansión democrática que ensayaba dicho país y sentó las

¹ Este período, que en lo medular de la historia de la región se puede localizar entre los años 68-73, se inicia con el advenimiento del gobierno de Velasco Alvarado en Perú y culmina con la derrota de los 1,000 días de la Unidad Popular.

bases para inaugurar un período prolongado de dictadura.

Frente a todos estos atolladeros, ante la cancelación de diferentes estrategias políticas (nacionalismos progresistas militares, "vías chilenas", reediciones del populismo, por nombrar las principales), pareciera que una vez más los secto-



res partidarios de la transformación social se veían abocados a la no por vieja ineludible interrogante: ¿qué hacer? Problema agudizado por el balance que ya al cerrar la historia de los 60 se hacía del guerrillerismo, el cual había evidenciado las limitaciones de su intento por constituirse en una estrategia viable de transformación.

Sin embargo, el dilema no sólo se presentaba por los efectos de una derrota política a menudo profunda y traumática. Progresivamente se iba imponiendo la convicción de que, junto a los vestigios de las estrategias derrotadas, también yacían las debilidades de muchos supuestos teóricos. Estos supuestos eran colocados en el terreno de la duda no siempre por afanes de perfección académica, sino por la inexorable porfía de hechos que no podían ser explicados a la luz de las presunciones prevalecientes. Para muchos sectores se hacía evidente que el "universo de certezas" del ayer no resistió las brutalidades de la reacción estatal. "Algunas de esas certezas eran entre otras:

a) Una idea de socialismo cuyo eje central era la organización del Estado como dictadura del proletariado;

b) La concepción de la política como alianzas tácticas de clase y no también como correlaciones de fuerzas en el marco de la construcción de un proyecto hegemónico;

c) El entendimiento del acto revolucionario como ruptura del aparato estatal precedente, acto de liquidación y de creación;

d) El Estado como instrumento de una clase, garantizador de sus intereses exclusivos y excluyentes;

e) El análisis abstracto de la estructura de clases que simplifica la oposición burguesía-proletariado y que concibe la relación clase obrera-partidos de

izquierda según la lógica de los sujetos preconstituidos".²

El desafío que la historia ponía a la teoría no ha sido ni con mucho un problema resuelto a estas alturas. Aún más, cabría preguntarse: ¿existirá un nivel del desarrollo de la teoría que permita enfrentar acabadamente el conocimiento de todas y cada una de las situaciones sociales pasadas, presentes y futuras? La emergencia de fenómenos sociales inéditos obligaba a un desarrollo de la teoría que fuese capaz de dar cuenta del porqué de la derrota y que, a la vez, explicase la naturaleza de las transformaciones que se operaban, pasos ineludibles para abrir un ámbito por donde fluyese una perspectiva de recuperación.

Pero a la derrota política y a la intuición de las insuficiencias teóricas se añadía además un cuadro social, en el cual la refundación capitalista³ que ensayaba el bloque en el poder creaba un escenario que dejaba a la mayoría de las fuerzas de izquierda frente a situaciones para las cuales no se tenían experiencias previas. La profunda reformulación de la modalidad de dominación estatal; el abandono drástico de los rasgos benefactores del estado de la post-guerra; el cambio radical en la estrategia de desarrollo abandonando por insuficientes, antieconómicos y atrasados los supuestos que en el pasado colocaron como centro de la expansión capitalista las preocupaciones por ampliar el mercado interior; la irrupción virulenta de la sociedad política al in-

terior de la sociedad civil; la utilización de una fuerte ofensiva ideológica que intenta mostrar al mercado como una suerte de regulador mágico, neutral y científico de las relaciones sociales; todas ellas en su conjunto, eran experiencias a menudo inéditas para el movimiento popular latinoamericano. Todas ellas constituían progresivamente una escenografía en la cual las fuerzas portadoras de la transformación a menudo vagaron, antes de poder intuir su nuevo papel.

Una dimensión particular de la derrota tampoco se percibió de inmediato. Se pensaba que el carácter político de ella no afectaba al sujeto de la transformación social. Entonces la interpretación predominante era la de pregonar la existencia de un vasto movimiento político-social derrotado políticamente y sojuzgado por la brutalidad de la fuerza, pero en general intacto, capaz de ser reactivado por una nueva estrategia ahora sí "correcta". El correlato de esto era entender entonces al Estado como sólo una gigantesca maquinaria represiva; así se concluía que si había una crisis del Estado en Latinoamérica, ésta era una crisis de hegemonía: "desprovisto de un 'Interés General', el Estado queda reducido al aparato de dominación (burocracia) al servicio de una hegemonía externa."⁴ Podría interpretarse que se trata de un Estado desprovisto de afanes hegemónicos.

Tal interpretación puede tener consecuencias políticas peligrosas: dado que existe un movimiento social poderoso, pero sojuzgado por la fuerza, el énfasis debe estar colocado entonces en desafiar en ese terreno al Estado; y de ahí a reediciones del fo-

² "Teoría y política en A.L. De Cuba a El Salvador". Ponencia colectiva del departamento de Estudios Políticos del CIDE al Taller Sobre Política y Estado en A/L, México, 19 octubre de 1981, mimeo.

³ En este caso nos estamos refiriendo a la experiencia vivida por el movimiento popular en el Cono Sur.

⁴ Tal es la tesis interpretativa que propone Lechner en "La crisis del Estado en América Latina". El Cid, Caracas, 1976, pág. 70.

quismo, es decir, a pensar que el solo surgimiento de brotes de lucha armada es condición necesaria y suficiente para reactivar y poner en tensión a todas las clases explotadas, hay un paso muy breve.

En muchos casos del continente, a la modificación del Estado, al cambio de la estrategia de desarrollo capitalista, a las alteraciones en el escenario de la lucha de clases, se añadió un movimiento que sólo se pudo percibir con claridad a lo largo de estos difíciles años: la disgregación del sujeto social construido por las fuerzas populares en su bregar de las últimas décadas. Esto último es particularmente válido para aquellos casos nacionales en los cuales, durante el auge de finales de los sesenta, se estructuró un movimiento social de dimensiones significativas que se incorporó a una estrategia de cambio social.

Derrotadas políticamente, a la defensiva estratégica, desarticulada su vinculación con las fuerzas sociales, el panorama para la izquierda latinoamericana no parecía muy alentador a comienzos de los setenta. En ese marco histórico específico, en esas particulares condiciones de producción, se empieza a desarrollar una revisión (por fea que suene la palabra en su historia) de algunos elementos de las principales presunciones teóricas que orientaron nuestro quehacer en el pasado.

Algunos temas surgen con particular fuerza en este período, empezando por la consideración de la política. Esta deja de ser vista como el exclusivo mundo de la fuerza y de la astucia, como el arte de construcción de fuerza y de cómo aplicarla en un momento determinado. Sin lugar a dudas, ése es un momento ineludible de lo político, pero reducir toda la problemática del poder a la mera fuerza olvida el elemento consensual, de articulación de intereses, de agregación de prácticas sociales

que también implica el manejo del poder; más aún para las fuerzas que, como las socialistas, se proponen construir una sociedad participativa e igualitaria. Si se trata de expresar a un conjunto de fuerzas sociales excluidas del pacto de dominación, entonces parte importante de la "acumulación de fuerzas" así entendida, debe ser la tarea por articular en un bloque alternativo al estatal, al conjunto de fuerzas y capas excluidas, dominadas, subalternas. Por cierto, si partimos del supuesto de que las masas a partir de su experiencia sólo pueden arribar a determinados niveles de conciencia, entonces la tarea debiera ser prioritariamente otra: la de fortalecer el agente concientizador: el Partido. Extremado este argumento puede llevar a constituir organizaciones auto-referentes ajenas al proceso social e inmersas en lógicas internas, a menudo tangenciales al movimiento real de las clases.

Una concepción así de la política no se basaba en meras especulaciones teóricas, sino que emergía del análisis de las causas de tanta derrota.

La temática del poder también se asumía de una manera diferente; antaño pareciera que los temas referidos a la forma de estructurar el poder político fuese un tema que no era necesario abordar, previo a la ruptura revolucionaria. Se aceptaba sin mucha discusión que el propio carácter de las fuerzas que dirigirían este proceso abrirían paso a una forma de Estado profundamente democrática y participativa. El quehacer cotidiano, en particular en la relación partido-masa, decía más relación con la acumulación de fuerza que con la construcción de un tejido social que fuese limitando (dentro de determinados márgenes por cierto) el poder estatal, y dando paso a la vez a nuevas instancias de organización de la sociedad civil. Las organizaciones sociales eran más bien vistas como las "correas

transmisoras” de la política del partido sesgándose su papel de ser receptáculos de contestación estatal y de nucleamiento embrionario de nuevas formas de organización social. El poder, el tema de cómo organizar el “poder” no preocupaba mayormente; operado el cambio revolucionario se darían las condiciones que harían posible estructurar una nueva sociedad que avanzase hacia la extinción del Estado y a la superación del antagonismo clasista.

Si así se entendía en general la política y la conquista del poder, no es de extrañar entonces que la concepción predominante en torno a las políticas de alianza (cuya necesidad nadie discutía) fuese la de los enemigos principales. Esto que ya se ha señalado en anteriores oportunidades vale la pena rescatarlo en estos instantes. Se decía (y en algunos sectores se sigue afirmando) que existiría un enemigo principal contra el cual se haría necesario aglutinar a las más amplias fuerzas; así, se convocaba a alianzas amplias cuyo único requisito era su oposición a este enemigo común. Esta concepción frentista a menudo olvidaba el principio de unidad y lucha, y en su camino de construcción de unidad amplia a veces quedaba perdido el de independencia frente al Estado. Un ejemplo caricaturesco de lo anterior nos lo brinda hoy en día la política del PC argentino, que invocando un peligro de sectores ultrareaccionarios, ha llegado a perder sus perfiles y terminado por apoyar a la dictadura.

Pero entender así las alianzas no sólo es un problema en relación a la independencia de clase; también es un serio obstáculo para construir la misma alianza. Porque a ningún enemigo “secundario” se le puede pasar por alto la interrogante: qué es lo que pasará en cuanto se vea derrotado el enemigo “principal”. Lo lógico es que piense que le llegará entonces su turno, y así verá la alianza que le ofre-

ce la izquierda como una propuesta oportunista y solapada que descansa solamente en determinados cálculos de fuerza. Es decir, entender las alianzas de este modo sólo lleva a incentivar las mutuas desconfianzas entre los posibles integrantes de este bloque.

Otro tema, largamente desarrollado en estos años, y que por lo tanto sólo enunciamos, es el de la vinculación entre democracia y socialismo. La democracia, al decir de Tomas Moulian, se nos aparecía como lo dado y lo posible,⁵ era el campo en el cual podíamos desarrollarnos pero que contenía a la vez el peligro de impedirnos su superación; a la vez que nos daba espacio, nos hacía renunciar a nuestra ambición de negación de lo existente.

Este es un tema largo, pero sí hay dos certezas que podríamos extraer de la vasta literatura que sobre ella se ha escrito en estos años:

— El socialismo es el régimen de más amplia participación de la sociedad, es el autogobierno de las masas, es la socialización de todos los ámbitos de la sociedad, no sólo de la economía sino también de la política y la cultura. Por tanto, no hay socialismo plenamente desarrollado si no se avanza decididamente hacia esta expansión de la sociedad civil. Mirando desde la óptica del régimen político, el socialismo es también la profundización máxima de la democracia.

— Sin embargo, no basta entonces con invocar al socialismo como horizonte ideológico, con autoasignarse la representación de los intereses de los sectores explotados, para dar paso a una sociedad participativa.

⁵ “Democracia, Socialismo y Proyecto Nacional Popular”, en “Futura Institucionalidad de la Paz”, CISE, Santiago, 1977.

Los temas del debate sobre el socialismo indudablemente que son más. Por las dimensiones del trabajo nos limitamos a señalar los hasta ahora apuntados. Ellos son suficientes para demostrar que al interior del pensamiento socialista latinoamericano se abre en estos años un profundo derrotero de preocupaciones teóricas que intenta actualizar las presunciones que orienten nuestro quehacer. Por cierto, en este camino también se corre el riesgo de que por renovar la teoría y por deshacerse de los lastres del dogmatismo, se tire al niño junto con el agua a la bañera, y así podemos rastrear que en algunos aspectos hay una vertiente que en su afán por actualizarse y responder a los nuevos desafíos incurre en alejamientos extremos. Tal es el caso de las críticas doctrinarias que hoy encontramos frente a algunas propuestas de utilización de formas de lucha armada, o el denominar "reminiscencia ideológica" a toda preocupación por las perspectivas de largo aliento. Sin embargo, pensamos que no es el caso de la mayoría.

Pareciera que el peligro a evitar estuviese marcado por una disyuntiva falsa en la cual es preciso evitar caer. Superar las peligrosas consecuencias (más bien estériles consecuencias) de un dogmatismo escolástico que supone la ciencia social agotada en su elaboración y que sólo nos permite la aplicación de "leyes generales" a nuestras dinámicas realidades, y a la vez evitar caer en una ortodoxia de la heterodoxia, en el culto de la negación. Miradas a la distancia, parecieran ser dos deformaciones idealistas al interior del pensamiento marxista. Un idealismo que reemplaza el análisis social por lo que "ya dijo fulano", que más que analizar realidades busca acomodarlas a los análisis que se hiciera en el pasado respecto a otra formación social, o un idealismo que en su búsqueda por sacudirse el dogmatismo

incurre en el abandono del análisis de clase de la realidad y pareciera que redujese lo hegemónico a lo meramente ideológico y la política a sólo un instante ético.

A manera de Conclusión

Hemos querido bosquejar en estas apretadas líneas lo que a nuestro juicio constituye la base sobre la cual se intensifica el debate en torno al socialismo en nuestra región. Pensamos que en este aspecto, presenta vertientes diferentes con respecto a la forma de abordar el tema en el caso del pensamiento europeo.

A finales de los sesenta el movimiento popular europeo está marcado por el doble efecto del 68. De un lado una movilización que remece pero no logra desastabilizar al sistema, y del otro, los efectos traumáticos de la intervención en Checoslovaquia. Para el Socialismo en Europa se imponía, como parte indispensable de una misma tarea, desarrollar un análisis detenido de las causas del porqué del estancamiento de su proceso y, a la vez, pronunciarse sobre la realidad social y política existente en los países de la comunidad socialista.

En esa línea florecen ricas polémicas, algunas en torno a temáticas muy similares cuando no idénticas a las latinoamericanas. Recordemos al respecto todo el debate que en torno a los artículos de Norberto Bobbio sobre democracia y socialismo se desarrolla en Italia a mediados de los 70; o la polémica acerca de la vigencia del Leninismo y en particular su concepción sobre la dictadura del proletariado que se desarrolla en Francia y España en esos mismos años. Los sucesos de Polonia intensifican estos temas.

Quizá por ello, cuando se aborda un mismo problema, partamos de ópticas, memorias históricas, experiencias, a veces diferentes. Ello no es de ninguna manera una limitante; por el contrario, nos enriquece en la medida en que somos capaces de advertir estos matices.

No podemos dejar de mencionar, en esta misma línea, la actualidad de nuestra reflexión, inmersa en otra coyuntura histórica regional: la que se

abre con el triunfo de la revolución nicaragüense y con el ascenso del nivel de la lucha de clases en varios países de la región, donde después de tantos años y tantas derrotas, pareciera que el socialismo latinoamericano vuelve a elevarse como una alternativa viable, y entonces el énfasis de nuestra elaboración y de nuestro análisis sin duda que se nutre preferentemente de estas experiencias recientes. 